



CANCION FÚNEBRE
DE CHACTAS AMERICANO,

Á LA PREMATURA MUERTE
DE SU QUERIDA ATALA.

He nacido americano errante;
mi padre á mi lado espiró,
y en los campos terribles de Marte
la venganza me recomendó:
asimismo á su caro aliado
encargó mi cuidado al morir;
pero yo me aparté de su lado,
no queriendo sus pasos seguir.

Llégu al campo enemigo, y rendido
me aprisionan, y en mi triste suerte,
yo tranquilo esperaba la muerte,
cuando Atala se me apareció
con el rostro cubierto de un velo;
me aconseja la debo seguir:
se descubre, y al ver aquel cielo,
con Atala resuelvo partir.

Triste Chaetas, ¡cuán rápida ha sido
la terrible ilusión de tu dicha!
Sumergido en perpétua desdicha,
solo ves un fatal porvenir:
bella virgen, tu vida expusiste
por librarme de muerte funesta;
mi canción para siempre será esta:
sin mi Atala no puedo vivir.

El desierto con todas sus flores
en un día sereno no iguala
la hermosura sin par de mi Atala
cuando tuve con ella que huir;
ni las aves tampoco cantaban
con tan grata y feliz melodía;
se acabó para mí la alegría:
sin mi Atala no puedo vivir.

Cuando atado en el campo me hallaste,
y me diste feliz libertad,
de una muerte cruel me libráste,
y de tí no me puedo apartar:
quiero siempre seguirte y amarte,
y teniendo contigo que huir,
por mi vida tu fin encontraste;
sin mi Atala no puedo vivir.

Cuando el rayo cayó en el desierto,
y aquel árbol frondoso abrasó,
¡quién dijera, mi querida Atala,
que tu fin muy funesto indicó!
Este caso terrible me asombra,
me consterna y bien puedo decir:
¡ay de mí! que de pena fallezco;
sin mi Atala no puedo vivir.

El encuentro del viejo ermitaño
¿quién creyera, infeliz, que anunciaba
con la lúgubre luz, que llegaba
el final de tu propio existir?
Sus palabras tiernas nos indican,
que debemos sus huellas seguir,
mas lo frustra la parca homicida:
sin mi Atala no puedo vivir.

Lloraré eternamente tu muerte:
he perdido lo que mas amaba;

¡ay de mí! cuando menos pensaba,
vi con pasmo mi amor concluir:
ya no existe mi dulce esperanza,
solo tengo dolor y amargura,
ya acabó para mí la ventura:
sin mi Atala no puedo vivir.

Obezecada tu tímida madre,
hizo un voto funesto á tu vida;
te creíste á mi lado perdida
sin quererme tus penas decir;
el secreto fatal que en tu pecho
encerraste ¡ay de mí! eternamente,
te ha perdido y me pierde igualmente;
sin mi Atala no puedo vivir.

Con su muerte, mi querida Atala,
contristóse mi pecho amoroso,
y en lugar de un futuro reposo,
solo siento desdicha; infeliz,
has dejado á mi alma afligida,
sin que pueda ya tener contento,
exclamando con gran sentimiento:
sin mi Atala no puedo vivir.

Con sus trémulas manos, Atala
una imagen de Cristo me dió,
que en el cuello pendiente llevaba,
y en el mismo momento espiró.
Esta herencia preciosa me entrega,
y me encarga he de recurrir
en mis tristes desgracias á ella;
sin mi Atala no puedo vivir.

Yo contaba los días felices
que pensaba pasar á tu lado,
y tenía tambien ideado
nuestro rústico albergue construir;
mas ¡oh cielos! que en vez de cabaña,
y en lugar de la dicha futura,
yo te he dado, infeliz, sepultura:
sin mi Atala no puedo vivir.

Enterrada en país extranjero
nadie habrá que por ti se interese:
¡oh! si al menos el Cielo quisiese
algun día mis penas oír:

yo muriera gustoso al instante,
y á tu lado gozara el reposo
que me niega este mundo engañoso;
sin mi Atala no puedo vivir.

Ya mis ojos vertiendo alegría
no verán tu belleza ignorada,
ya tendiendo mi triste mirada
solo anhelo llorar y gemir:
el amor que mi alma sustenta
con el llanto que brota deshecho,
abrasado devora mi pecho;
sin mi Atala no puedo vivir.

Cuando ví en tu amor la pureza,
cuando oí de tu voz la armonía,
celestial y divina alegría
inundó mi feliz existir:
hoy recuerdo las dichas soñadas,
y mi alma solloza amargura,
que se huyó tan dichosa ventura;
sin mi Atala no puedo vivir.

Cuidadoso reparo el albergue
en que vi del amor las delicias,

busco en vano sus tiernas caricias,
pero empiezo de nuevo á sentir:
nada encuentro que aliviar alcance
los supiros que mi alma exhala:
yo no puedo vivir sin mi Atala;
sin mi Atala no puedo vivir.

Yo contemplo la lápida fría
do reposa mi amada infelice,
y su aspecto divino me dice:
llega, Chactas, no temas morir;
lisonjera ilusión ven mis ansias:
el cuchillo... y me hiero contento;
se acabó para mí el sufrimiento;
sin mi Atala no puedo vivir.

De este modo dió fin á su canto
el mas dulce y desgraciado amante,
con la tierra pegó su semblante;
ya no se oye llorar ni gemir:
el silencio á los ayes sucede,
y no llora, tampoco respira:
sobre el cuerpo de su amada espira
quien sin ella no pudo vivir.

COMPENDIO

DE LA HISTORIA DE ATALA.

Los Moscogules y Siminoles, rivales de los guerreros Natchez, nacion situada de una parte de la América Septentrional, tenían la costumbre de quemar á sus prisioneros de guerra. Chactas, hijo de Outalissi, el mas valiente de aquellos guerreros, habia caído en su poder. Era de noche; el jóven, atado á la hoguera destinada al sacrificio para el dia siguiente, entonaba cánticos de muerte.

La virgen del desierto, la bella Atala, hija de Simaghan, el jefe vencedor, á favor de las sombras de la noche, desata al prisionero y huyen juntos al desierto escudados por las tinieblas: veintisiete dias caminaban ambos por los campos inmensos de aquellas soledades.

Atala, presentando á Chactas un crucifijo de oro le dice: Yo soy cristiana; mi religion me manda que me separe de tí. Quiere huir; él la detiene: una horrorosa tempestad estalla violentamente: los rayos abrasan el bosque, y la lluvia se desprende

en torrentes que inundan el desierto. Chactas, recogiendo en sus brazos á la desconsolada virgen, la esconde en la concavidad de un árbol y la dice que la amará siempre; que todo el poder de los hombres no bastará á separarlos.

Un santo ermitaño, el padre Aubry, habitador de aquellas montañas, guiado de un perro fiel, descubre á los desgraciados amantes, y les ofrece la hospitalidad en nombre de Dios y de la religion.

Salen del bosque trepando por la maleza, el perro iba delante conduciendo una linterna en el extremo de un palo: despues de haber caminado como media hora por los peligrosos senderos de la montaña, llegan á la gruta del misionero, y el buen viejo se da prisa á encender lumbre con yerba seca, sirviéndoles una torta de maiz.

En un lecho de musgo, preparado por el padre Aubry, descansa la doncella: Chactas, lleno de amor y de esperanza, se duerme tambien tranquilamente. Apenas la pálida luz de la mañana arroja sus primeros destellos, Atala en los brazos de la muerte, cogiendo la mano de su amante, le dijo: Un voraz veneno ha puesto término á mis dias; todo remedio es imposible: un voto hecho en los brazos de mi madre me ha impuesto este doloroso deber: Habia jurado eternamente consagrar á Dios mi virginidad, lo he cumplido.

El anciano ermitaño exclama: Dios no exige de nosotros tamaños sacrificios: levanta tu cabeza, infeliz criatura, hácia Dios, él te va á juzgar en este instante. Atala besa la imagen de nuestro Redentor, y volviendo los ojos á Chactas le dirige sus últimas palabras: No he sido tuya porque un deber me lo prohibia: mi esposo es el Criador... ¡adios!

Apenas habia pronunciado estas palabras; tomó el sacerdote un poco de algodón en un aceite consagrado, y ungió con él las sienes de la jóven moribunda.

¡Atala ha muerto! sus restos yacen en la ermita, cárdenos é inanimados. El santo ermitaño recoge aquellos miserables despojos, y rezando una oracion fúnebre, los deposita en el lecho de la eternidad. Atala, la flor mas pura del desierto, yace en una sencilla sepultura, abierta por el padre Aubry y su desconsolado amante. Las palmas crecen en su superficie, y se eleva de su seno una modesta cruz. ¡Dichosa tú, oh criatura angelical, que has pasado por este mundo como una flor solitaria que desaparece al soplo poderoso del huracan! ¡Dichosa tú, que en medio de la tierra duermes el sueño de los ángeles!

MADRID.

Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.